

# Colectivo de lo(a)s preso(a)s de las Células Comunistas Combatientes

## Décimo aniversario de la lucha armada en Bélgica

**Hace diez años, el 2 de octubre de 1984, las Células Comunistas Combatientes emprendían la lucha armada contra el capitalismo, el imperialismo, por la revolución proletaria**

Aquel día, en el transcurso de su primera acción de propaganda armada, atacaban con explosivos la sede de la sociedad Litton — una multinacional americana de la electrónica militar.

Tras una treintena de acciones que componían de tres grandes campañas político-militares, nuestra organización recibió un golpe decisivo de las fuerzas represivas. En los meses y años que siguieron a nuestras detenciones y a la caída de una parte importante de la infraestructura clandestina, las Células fracasaron en su intento de reconstitución. El combate no se reanudó.

Desde ese punto de vista, la derrota de las Células es manifiesta. Son numerosos los que recuerdan entonces este fracaso para proclamar «definitivamente» una pretendida esterilidad de la vía abierta por nuestra organización, la vía de la violencia revolucionaria, de la lucha armada comunista. Remarquemos además que muchos de estos brillantes analistas son los mismos que antes de eso se consolaban calumniándonos de la manera más indecente.

Colectivamente hemos conocido todos los aspectos de la experiencia de las Células Comunistas Combatientes. Hemos luchado con las armas en la mano, hemos sido testigos privilegiados de los éxitos que obtenían y de las potencialidades que generaban. Hemos sufrido juntos el choque de la contraofensiva del régimen, hemos medido el fracaso creciente y el retroceso de la esperanza. A lo largo de los años de prisión, hemos reflexionado y reflexionado aún más en los pormenores de la derrota, resituándolos siempre en el marco general (histórico, político, estratégico...) de la lucha de clases, del combate revolucionario. A partir de todo esto es porque rechazamos hoy más que nunca la aserción interesada, ciega y abandonista pretendiendo que el fracaso particular encontrado por las Células Comunistas Combatientes sea el fracaso de la lucha armada comunista, de la estrategia de guerra revolucionaria prolongada, o sea, el fracaso de la causa revolucionaria como tal.

La obligación del retorno a una política y una práctica revolucionaria auténticas salta a la vista de quién es capaz de ver, de quién quiere ver los verdaderos intereses populares y proletarios detrás de las cortinas de humo de la ideología dominante y a pesar de la confusión mantenida por todos los servidores mediáticos del régimen. Política y práctica revolucionaria auténticas, hoy esto quiere decir hoy, en ruptura completa con el régimen burgués (incluso democrático), voluntad de derrumbar este sistema antisocial, explotador y decadente que es el capitalismo. Al mismo tiempo esto significa el objetivo de construir una sociedad justa, dónde sea proscrita la explotación del hombre por el hombre, dónde se asegure la satisfacción de las necesidades materiales y el completo desarrollo cultural de

todos, una sociedad cuya única razón sea el Hombre y no el aumento de los dividendos de pequeñas bandas de explotadores.

Quizás nunca los trabajadores hayan estado tan impotentes como ahora frente a los engranajes brutales y sórdidos del sistema capitalista. Amarga paradoja, la crisis de su sistema ofrece a las capitalistas armas contra el mundo del Trabajo. El paro, la exclusión consecutiva a la trituración de la Seguridad Social, el empobrecimiento de los países de la periferia y la desestabilización de los de Europa del Este ponen a disposición de los empresarios una masa de trabajadores obligados a aceptar cualquier cosa, dispuestos a afanarse en las condiciones más duras por los salarios más miserables. Y la crisis prosigue, se agrava inexorablemente.

Ante el hundimiento de su proyecto social reformista (un capitalismo de rostro progresivamente humanizado gracias a una protección social en regular aumento, a una elevación permanente de las condiciones de vida individual y pública en todos los terrenos, etc.), la socialdemocracia, el Partido Socialista y sus satélites de izquierda — por ejemplo, ahora Ecolo(gistas) — ni un momento han pensado en cuestionarse su política de colaboración con el régimen burgués. No es el fruto de un error corregible, es la expresión de su verdadera naturaleza. Desde hace mucho tiempo son un mecanismo del régimen burgués y la única baratija que les queda por vender a los trabajadores es la de «gestionar la crisis» jactándose de «limitar los estragos».

La incapacidad de la extrema izquierda (populista, trotskista) para cuestionar el cretinismo parlamentario, el oportunismo electoralista y el cepto legalista hace que, a fin de cuentas, más allá de un radicalismo verbal incitador, no constituyan ninguna alternativa seria para la lucha de clases. ¿Se puede imaginar contradicción/cacofonía más enorme que la de reivindicar la revolución socialista, incluso la dictadura del proletariado y limitarse en la práctica a papeles de amables organizadores del descontento espontáneo, totalmente integrados en la vida política demócrata-burguesa? ¿Qué crédito conceder a unos POS o PTB cuyo objetivo concreto no es nunca más que el de pasar, cada uno a su turno y a expensas del otro, de un tanteo electoral de nada a otro tanteo de dos veces nada? ¿Qué confianza conceder a los PTB y POS que, en 1984 y 1985, se han desenmascarado como innobles y rabiosos enemigos de la esperanza y de la iniciativa revolucionarias, del combate comunista?

La creencia en la posibilidad de arreglar, de hacer aceptables la explotación y la servidumbre mediante el desarrollo de las leyes sociales es cotidianamente derrotada. El intento de frenar la degradación constante de las condiciones de vida y de trabajo, por medio de las formas de lucha tradicionales, ya sean económicas (huelgas, etc.) o políticas (elecciones, manifestaciones, etc.) ha durado mucho. Por diez batallas mantenidas por los trabajadores en estos marcos del pasado, nueve se pierden, y el éxito de la décima sólo es provisional, expuesto a un contraataque burgués, que apunta no sólo al interés económico parcial sino también y sobre todo a la voluntad y a la capacidad del proletariado de luchar por la defensa de sus intereses (nuevas leyes anti huelga, persecuciones judiciales contra los trabajadores combativos, contra los miembros de los piquetes, etc.).

El gran capital y el Estado a su sueldo llevan la mejor parte: este sistema es el suyo. Cuando se juega su juego, cuando se pone el dedo en el engranaje de su lógica, de su propia coherencia, se llega antes o después, irreversiblemente, a asimilar y defender los caracteres antisociales del capitalismo. Así desde el momento en que no se colocan en ruptura con el sistema, los partidos que se consideran representantes de los intereses del

mundo del Trabajo acaban irrevocablemente, — al hacer suyos definiciones como «el mercado del empleo», «la conservación de la competitividad» —, privilegiando los intereses patronales, liquidando los logros sociales, bajando los salarios, reforzando la explotación, gestionando la miseria.

En este marco, incluso los objetivos de corte radical (como, por ejemplo, de pretender corregir las injusticias mediante una presión fiscal sobre las grandes fortunas y las ventas capitalistas — se conoce el slogan «hacer pagar la crisis a los ricos») son cogidos en un manojo de contradicciones. La volatilidad de los capitales, su capacidad para desertar de un país e invertirse en otro fiscalmente más acogedor, quitan toda consistencia a tal perspectiva radical-reformista. Incluso si el poder, repentinamente inspirado, gravara a los ricos y subiera los salarios, logrando impedir la fuga de capitales, el mundo del trabajo no encontraría más que una ventaja engañosa, efímera, precipitando la catástrofe: las mercancías ya no serían competitivas, ni las empresas venderían su producción, las quiebras se multiplicarían, el paro se embalaría. etc.

No sirve de nada fingir ignorar las leyes del capitalismo, de la economía de mercado. Resulta vano ilusionarse: no se pueden defender los intereses populares y proletarios respetando este sistema. Es absurdo no querer ver a dónde conduce la carrera de la competitividad con los países recientemente industrializados o los países desarrollados más asolados que el nuestro por el liberalismo (como Inglaterra o Estados Unidos). La tendencia a la nivelación de los costes y cadencias de trabajo en Europa sobre los salarios y horarios de los presidios capitalistas de Turquía, Tailandia o Indonesia dan forma a todo nuestro futuro: es siniestro.

El sistema capitalista, la economía de mercado, la competencia y la carrera al beneficio serán siempre, fundamental e irreductiblemente opuestos a los intereses populares y proletarios.

Para el mundo del Trabajo no hay otra perspectiva que la conquista de otro sistema, de un sistema que corresponda a una finalidad, a una lógica diferente, que responda a una nueva racionalidad. La única perspectiva que existe es el socialismo, del verdadero socialismo, del sistema dónde todas las fuentes de riqueza (las fábricas, las máquinas, las materias primas, etc.) pertenecen de oficio a la comunidad y son utilizadas, de manera razonada y planificada, al servicio del conjunto de la comunidad. Es el sistema dónde los productores mismos deciden lo que producen, y cómo producen, y son los únicos beneficiarios de los frutos de su trabajo.

Por supuesto, esto quiere decir expropiar de autoridad a todos los capitalistas, abolir la propiedad privada de las fuentes de riqueza y de los medios de producción. Esto también significa la destrucción del Estado tal como lo conocemos, el trastorno radical de la organización social, en resumen, muchos cambios vastos y profundos. En una palabra: la Revolución.

Por supuesto, es un programa ambicioso, vertiginoso incluso cuando se compara la debilidad de las fuerzas conscientes y decididas del mundo del Trabajo y la potencia de las fuerzas de la burguesía, experimentadas y organizadas, cuando se considera este desequilibrio respecto a las tareas que hay que cumplir y los obstáculos erigidos en nuestro camino.

Por supuesto, esto debe traducirse inevitablemente en un enfrentamiento abierto, a por todas, entre el mundo del Trabajo, exigiendo la sociedad nueva y las miserables bandas de

explotadores sacando provecho del sistema actual — estas bandas parásitas que disponen de un Estado a su servicio, de un ejército, de regimientos de políticos, de ideólogos, de periodistas y otros lacayos y celadores de todo pelaje. Debe abrirse una lucha a vida o muerte dónde la victoria del proletariado significa la justicia social, la paz y el progreso por todas partes, dónde su derrota implica la perpetuación de la putrefacción capitalista, aún más dañina, aún más oprímete.

Nunca hemos ignorado la amplitud de las tareas ni ocultado las dificultades. De entrada, hemos subrayado la desproporción actual de las fuerzas del proletariado y de la burguesía. Pero «la humanidad sólo se plantea los problemas que puede resolver» y hace diez años, antes que limitarse a deplorar el estado desfavorable de la relación de fuerzas, las Células Comunistas Combatientes decidieron contribuir concretamente a su caída y desarrollaron una estrategia a este fin.

Las Células Comunistas Combatientes jamás han sobrestimado los efectos a corto y medio plazo de sus acciones de guerrilla. Sabían que en un primer tiempo el poder cubriría sus pérdidas más deprisa que las que sufriría y que para oponerse a la lucha que lo amenaza, reforzaría la represión.

Para comenzar, incluso a pequeña escala, una lucha armada contra el régimen, nuestra organización hizo la demostración de que tal lucha es posible, accesible a quién tiene la voluntad política.

Encabezar la lucha armada revolucionaria, incluso al nivel inicial de la propaganda, significa concretamente la repulsa del juego de los compromisos, el rechazo de la lógica antisocial, anti popular del sistema capitalista. No obstante, se trata de ir más allá del simple rechazo — por muy legítimo que sea — se trata de realizar en este movimiento los primeros pasos del necesario proceso de concientización, movilización, organización, estructuración y endurecimiento de las fuerzas proletarias. Es un proceso largo, complejo, sembrado de emboscadas, hecho de avances, de retrocesos, de victorias, de derrotas, a través del cual la relación de fuerzas entre la burguesía hoy todopoderosa y el proletariado actualmente desarmado se modificará poco a poco, hasta invertirse y dar así al mundo del Trabajo los medios de construir por fin el sistema de su elección, el sistema que traduce sus verdaderas aspiraciones, que realiza sus intereses: el Socialismo.

Este proceso de lucha histórica debe efectuarse en el terreno estratégico, mediante la Guerra Revolucionaria Prolongada. Exige entrega y compromiso, pedirá grandes sacrificios y, por lo tanto, será vano esperar que grandes masas se inscriban de golpe. La extrema debilidad de las fuerzas de la clase obrera, las derrotas sucesivas desde hace decenios en el frente de la lucha de clases impiden tal esperanza. Más aún, se podría estar tentado de creer incluso que una gestión política que hoy, en vez de limitarse a la defensa de los logros amenazados por la ofensiva patronal, apunte a desencadenar un combate cuyo objetivo final es destruir definitivamente a la burguesía, su sistema de explotación y, de opresión, carece totalmente de realismo y de sentido común. Grave error.

Aquí aparece el papel, el deber de los comunistas. Su tarea es la de colocarse a la vanguardia de la lucha, desbrozar las vías nuevas, dar ejemplo, lanzar las bases políticas, estratégicas, organizativas, elaborar los programas intermedios y las tácticas que permitan el resurgimiento y el desarrollo del combate proletario. En este sentido, la responsabilidad de los camaradas no es diferente hoy de hace diez años, responsabilidad que hemos traducido en nuestro compromiso en las Células Comunistas Combatientes. Hay que volver

a plantear en la práctica la cuestión de la lucha armada revolucionaria y de la organización clandestina combatiente.

Mientras las luchas proletarias y populares no integren un proyecto global aspirando a la liquidación del sistema capitalista y a la construcción del socialismo y mientras este proyecto no se materialice en un enfrentamiento político-militar con el régimen, el mundo del Trabajo seguirá siendo la víctima por momentos reacia por momentos sumisa a los dictados capitalistas.

La experiencia de la Células Comunistas Combatientes pertenece a la historia del movimiento comunista en nuestro país. Debe ser analizada en la perspectiva del necesario relanzamiento de la lucha revolucionaria sobre bases y principios portadores de futuro y de victoria. Hace diez años las Células dieron un primer paso en la nueva, exigente y ardua vía revolucionaria dictada por las condiciones objetivas de nuestra época. Han tropezado. Es frecuentemente la suerte de los pioneros. Ahora lo esencial es valorizar esta experiencia, extraer de ella mediante la crítica los elementos que permitan hacer mejor y más, avanzar más en el camino magnífico de la revolución comunista, en el camino que lleva a los hombres y mujeres a un mundo de justicia social, de libertad y de fraternidad.

¡EL COMBATE NO SE DETIENE JAMAS!

¡VIVA LA LUCHA ARMADA POR EL COMUNISMO!

**Colectivo de lo(a)s preso(a)s de las Células Comunistas Combatientes**  
**2 de octubre de 1994**